



Perfecta Gutierrez López, 74 años.
Silvia Zancajo García, 22 años.

Una niñez tras ventanales

Tina tiene 74 años y una historia que contar. Una infancia de coraje en boca de una narradora excepcional.

Como sabiamente dijo el famoso poeta francés “mi patria es mi infancia”. Así, buscando con candor en los delicados recuerdos, casi con miedo a adulterarlos, rememora Tina aquellos primeros años de su vida son el pequeño oasis en el que siempre podrá refugiarse.

Corría un 14 de noviembre del año 1931 cuando sus ojos vieron la luz por primera vez, en el seno de una familia que vivía sin apuros gracias a la carbonería que regentaban en Palencia. Tres generaciones compartían el pan. Los abuelos, antiguos labradores, uno de sus seis hijos, Teódulo, junto a su esposa Desideria, y los hijos de estos, entre los que estaba Tina.

La vida resultaba tranquila, hasta que la fortuna les sorprendió con un giro de tuerca. Tras dar a luz a cinco hijos, el sexto embarazo de Desideria se complicó desde el principio. Le diagnosticaron un implacable cáncer que la obligó a permanecer ingresada en Madrid hasta que dio a luz a la última de sus hijas, Visitación. Tras un año de sufrimiento, la madre de Tina murió dejando seis pequeños, contando el mayor con apenas 12 años.

Aquellos huérfanos quedaron entonces a cargo de su padre y abuelos, al menos mientras la necesidad no acució demasiado. Pero llegaron los años de la República y el hambre se extendió por todo el país. El negocio de la carbonería decaía. Los abuelos de Tina no podían negar a sus vecinos y amigos un carbón que necesitaban para vivir pero que no podían pagar. Sin ingresos, la carbonería quebró.

Llegaron entonces los apuros a la familia y ante la dificultad para alimentar tantas bocas, hubo que tomar una decisión. Con apenas cinco años, Tina, junto a su hermano Lope, de apenas tres, fueron internados en el hospicio de Palencia.

Y la feliz infancia de Tina se truncó en aquel lugar sombrío. Indefensos y solos, los dos hermanos se aferraban el uno al otro como a una tabla de salvación. Sentir el calor mutuo era el único consuelo de aquella estancia empañada de lágrimas y bofetadas. Perdidos, demasiado pequeños para entender la soledad de aquel lugar, los dos hermanos pasaban a duras penas los días, secándose el uno al otro las lágrimas para que no fueran descubiertas. El llanto era castigado con firmeza y el miedo atenazaba las escasas ganas de reír.

Tina cumplió seis años, y entonces ambos fueron separados drásticamente de su único refugio: el otro. Comenzó entonces una fase nueva de su internado. Ahora vivía rodeada sólo de niñas, con las que acudía con frecuencia a una huerta propiedad de las monjas. Estos viajes, cuyo objetivo probablemente no era otro que liberar al hospicio de bullicio, constituían su único y tibio bálsamo. Cuando hace memoria, eleva la mirada y esboza una sonrisa al recordar, como si estuviera ante sus ojos aún, el paisaje que devoraba con la mirada a través de los cristales del viejo autocar de las monjas. Los frondosos árboles, las espléndidas huertas, las hermosas norias en el



camino... Soñadora e inquieta, esas escapadas la hacían volar lejos, anhelando la libertad que no tenía. Sin embargo, al caer la noche, cada día acababa en el mismo lúgubre escenario. Presas de una terrible soledad y de una añoranza alimentada a través de cristaleras. Asomados a la galería, ambos hermanos se buscaban en la distancia, y pegando sus pequeñas caritas al cristal lloraban en silencio. Así pasaban largos ratos, viéndose de lejos, sin poder hablarse, ni tocarse, ni abrazarse. Buscando en la mirada del otro una caricia que aliviase la pena. Transcurrieron meses, deseando con fuerza que pasaran las horas, los días. Refugiándose en sueños a través del cristal de un autobús, y contemplando al hermano que sufría sin poder consolarle. Tanta fue su tristeza, que hasta agotaron las lágrimas para llorar. Ambos enfermaron debido a la irritación de sus ojos y tuvieron que recibir cuidados especiales. En esta ocasión la enfermedad fue un regalo, que permitía a Tina recoger todos los días a su hermano para dirigirse juntos a la enfermería. Todavía hoy, setenta años después de aquello, Tina retuerce el gesto y su mirada se llena de sombras al recordar esos recorridos por los oscuros e inmensos pasillos, de altos techos. Atemorizados recorrían cada día el camino aprendido, viendo fantasmas en cada rincón, solos en la inmensidad de aquellas estancias que se hacían interminables para aquellos pequeños de tres y seis años.

Sin previo aviso, el encierro terminó por fin. El padre de los hermanos, al conocer que sus hijos lloraban hasta enfermar, acude a recogerlos y los lleva de nuevo a su hogar. Pero las cosas habían cambiado. La guerra y sus penurias obligaron a vender el negocio familiar. Las calles, los corrales, las plazas... Todo era diferente. La nueva vivienda era de pequeñas dimensiones. Los agobios afectaban al día a día. Pero Tina recuperó la sonrisa, merecía la pena. Pequeño, escaso, humilde... pero su hogar.

Con el regreso su vida se fue pareciendo a la de una niña normal. Junto a dos de sus hermanas comenzó a acudir a la escuela. Su abuela, mayor y delicada, cosía con parsimonia. Su abuelo coloreaba con historias sus ratos libres. Las carreras, las clases, los juegos... A pesar de la escasez eran felices arropados con candor por sus abuelos. Su padre pasaba el día fuera de casa debido a su oficio de conductor, pero las sienes siempre plateadas de la abuela cuidaban de su felicidad.

Cuando todo parecía ir encaminado, y la vida sonreía a su niñez, Tina vuelve a ser separada de su hogar. Sumaba sólo ocho años cuando emprendió inocente el viaje a su nuevo hogar. Cuando llegó al Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes, en la provincia de Burgos, las sombras del hospicio nublaron su sonrisa y empañaron su ojos de lágrimas desesperadas. Bloqueada por el temor a volver a sufrir, se aferraba a todo objeto que encontraba a su paso. "Padre, no me deje", suplicaba. Pero la decisión estaba tomada. Algunos cambios en la familia habían provocado aún más apuros, y había sido de nuevo la elegida para salir fuera de casa.

Y allí tuvo que quedarse, retenida por la fuerza, enrabiada y asustada. No llevaba un día en el asilo, cuando enfermó de varicela, lo que determinó que pasara sus primeros días en la enfermería. Desde allí podía observar el patio donde las que serían sus nuevas compañeras jugaban y reían. La curiosidad y las carcajadas que escuchaba tras la ventana calmaban sus temores y la inquietud natural de sus ocho años alimentaba en su interior las ganas de probar su nueva vida. Con timidez, con cautela, fue creando su espacio. Antes de lo que hubiera creído, se adaptó a la vida con las hermanas.



Por la mañana, se levantaban y aseaban. Antes de desayunar, cada una hacía su cama y acudían a misa. Luego llegaba el momento de las labores y la mañana terminaba con las clases. Por las tardes, colaboraban con las monjas en distintas tareas. Cada día tenía su rutina: los lunes se lavaba, los jueves se cosía... Tina derrochaba energía. Voluntariosa, inquieta, era la primera en prestarse para ayudar. Limpiaba las escaleras, se divertía bailando la cera. Recogía los huevos, ayudaba en todo en lo que la permitían participar. Parecía no cansarse nunca. Las hermanas le asignaban la lectura para que dejara de corretear un rato. Pero Tina lo vivía todo a flor de piel. Leyendo se emocionaba una y otra vez llegando al llanto en muchas ocasiones.

Sus hermosos ojos azules se iluminan cuando repasa los años en el asilo. "Yo allí fui feliz, aprendí a ser mujer". Recuerda con especial cariño unas navidades con las hermanas. Siempre curiosa, acertó a ver por la rendija de una puerta entreabierta los regalos que llegaban donados para ser repartidos entre las niñas. Y allí estaba. Ese precioso cochecito con muñeca era el regalo perfecto. Soñaba con él todas las noches. Deseaba con fuerza que fuera para ella. Se imaginaba una y otra vez acunando a la muñeca entre sus brazos. Esa muñeca que siempre había deseado pero que nunca había tenido. Los días pasaban despacio y parecía no llegar nunca la fecha de reyes. Cuando por fin llegó esa mañana, mientras caminaban hacia la misa, Tina no pudo evitar escaparse de la fila para asomarse apenas un instante al comedor. Y entonces pudo ver que sobre su sitio no estaba su preciosa muñeca sino un gran paquete que contendría cualquier otra cosa. El disgusto duró semanas. A pesar de que supo disfrutar del juego de café que la correspondió no podía evitar entristecerse.

La afortunada nueva dueña de la muñeca no era una de sus mejores amigas. Sin embargo, no faltaba nunca la invitación de Tina para que fuera a "merendar" en sus pequeñas tacitas de juguete. Era la excusa para acunar unos minutos a su muñequita anhelada. Entrañables recuerdos como este llenan aquellos años arropada por el cariño de las hermanas del asilo, en aquella casona grande con su hermoso jardín y su espléndida huerta. El coro, la mesa del patio rodeada de avellanos, el corral con los animales... allí encontró toda la paz y seguridad del mundo.

La guerra pasó sin que apenas se enteraran en su pequeño refugio. Las internas, aunque felices, eran jovencitas con ansia de libertad, de ver el mundo. Por eso un día, acompañada de otras amigas, acudió a la madre superiora para transmitirle la petición de salir del asilo. Ésta tomó buena nota de su deseo y al poco tiempo fue satisfecho. Tina era la primera en volver a casa.

Y ya se sabe: cuidado con lo que se desea, puede cumplirse. La noticia, lejos de ser motivo de alegría, la llenó de tristeza. No quería irse, fue una petición no meditada, ella era feliz en aquel lugar. Pero sintió que era tarde para echarse atrás: al fin y al cabo, ella lo pidió. Con el pecho encogido, abandonó el asilo en el que tan feliz había sido para regresar con su familia. Jamás ha vuelto.

Cuando llegó a Palencia, la esperaban tristes noticias. Sus abuelos maternos han fallecido y también falta el abuelo paterno. Su abuela, vivía ahora con sus tíos. Los hermanos están solos. Llegan años confusos, se mudan dos años a Valladolid y regresan a Palencia. Las circunstancias hacen que cada uno elija su rumbo: Venezuela, Santo Domingo, Ceuta, París, San Sebastián... se imponen las distancias.



Con el paso de los años, algunos se han vuelto a unir. Ahora Tina vive cerca de su hermano Lope y visita cada jueves la residencia donde se aloja otra hermana. Tiene seis hijos maravillosos y ha estado siempre muy cerca de ellos. No quería que la historia se repitiese: su familia debía estar siempre unida. Y sabe muy bien cuál es el lazo que lo ha hecho posible. "Cuando falta una madre... La madre tiene la llave de la casa". La vida se llevó a la suya cuando era una niña, y Tina sabe que de no haber sido así su casa nunca se habría desecho. Por eso ha cuidado con mimo que sus hijos recibieran el tesoro que ella se perdió: disfrutar de los hermanos.

Hoy es una mujer feliz que vive con energía, con ilusión y con la paz de saber que ha cumplido y cumple con su misión más importante: Tina es una madre orgullosa.